

# EL ARTE DE LA FUGA SEGÚN MR. NOOTEBOOM

Cees Nooteboom ha hecho del nomadismo una actitud filosófica, estética y espiritual. Como poeta, novelista, ensayista y crítico de arte desborda la compostura de los géneros y alienta la insobornable curiosidad del viajero.

**BASILIO BALTASAR**

**E**l fugaz destello de la luz que ilumina el interior de un templo abandonado, la mirada avergonzada de una muchacha sentada en el autobús, el porte heroico de un viejo campesino al atardecer, la multitud de peregrinos arrodillados en lo alto de la montaña, las frutas y hortalizas dispuestas como un arco iris en el mercado. Las mil imágenes que el viajero anota febrilmente en su cuaderno son las piezas de un mosaico cuyo dibujo completo nadie ha visto jamás.

---

El lector atraído por la narrativa de Cees Nooteboom<sup>1</sup> prescindirá de los tópicos de la literatura de viajes y comprenderá que, además de andar por los caminos del mundo, dar cuenta de sus pensamientos y volver a los lugares perdidos de vista, el viajero nos descubre el enigma de la vida ambulante.

Nos dice el diccionario que discurrir es desenvolverse, deslizarse, andar o pasar por ciertos lugares. Y, al mismo tiempo, quien discurre es aquel que hace funcionar la inteligencia para encontrar la manera de hacer una cosa o encontrar la solución a algo.

El caminante discurre hacia algo cuya naturaleza intuye y, sin descanso, sigue la corriente que transforma la apariencia de las cosas, transfigura las facetas de un lugar y hace imprevisible el aspecto de lo desconocido. De este modo, el viajero se incorpora al mosaico del mundo y perfecciona el arte de la fuga, la maestría de estar en otro lugar.

Al asumir la condición de extranjero vocacional, el escritor permanece en un intenso estado de asombro. Ha dejado atrás la fuerza coercitiva de la costumbre, la molición que impone lo habitual, la rutina que atrofia nuestra capacidad cognitiva y la exasperante trivialidad de lo predecible. El viajero celebra el portento de un mundo en constante mutación.

Los clásicos griegos y latinos abordaron con su elocuente retórica la premonición del hombre natural: entender la llamada que suena detrás del horizonte, deshacer las ataduras que le impiden partir y empezar a caminar. Aquellos cosmopolitas, con su apología del desarraigo y el cántico filosófico de la vida nómada, repudiaron las convenciones que sofocan la inquietud original de los hombres.

El viaje del cual estamos hablando nos conmina a suspender las despóticas convenciones del tiempo. En lugar de administrar la segmentación industrial de las horas, los días y las semanas, los meses y los años, el viajero entiende la diferencia entre el tiempo y el calendario y se embarca en la memoria de un mundo sin medida,

---

<sup>1</sup> Cees Nooteboom (La Haya, 1933) ha recibido el Premio Formentor de las Letras 2020.

---

cómputo o cálculo. Apenas dará una última ojeada al reloj de pulsera cuando espera no perder el próximo tren.

Mientras discurre a través de los remotos lugares, el escritor nómada elabora artísticamente las pasajeras impresiones de su deambular. Las salva de la extinción, del olvido, ¡del tiempo! y las deposita en la biblioteca del mundo. Percibe la irrepetible circunstancia de los momentos vividos y eso concede un formidable valor a lo que nos cuenta. Lo que un día vio hacer a los beduinos en la frontera del desierto, a los ancianos en un poblado de adobe o al sacerdote que custodia el santuario, eso, jamás volverá a ocurrir.

La prolífica obra de nuestro autor registra con tonalidades y timbres singulares, estilos y formas narrativas diversas, perspectivas y ritmos dispares, el paisaje sinfónico que se despliega ante su avispada curiosidad. Observa y anota los matices que en bulliciosa efervescencia brotan sin cesar. Se siente deslumbrado por el mundo que transita infatigablemente. De esta *sustancia prima* se nutren sus relatos: asombro, curiosidad, transfiguración.

Para hablar de nuestro autor y acercarnos a la obra que ha escrito a lo largo de las décadas, citábamos el enigma de la vida errante, la vocación del hombre ambulante, la conciencia del peregrino, la libérrima disposición de ánimo del vagabundo, el ímpetu del trashumante. Las obras completas de Cees Nooteboom que edita la casa alemana Suhrkamp, y que en España viene publicando la editorial Siruela, constatan la sensibilidad de un hombre que está de paso, y deben leerse como la versión literaria de la obcecada cartografía de los geógrafos.

Tendremos ocasión de entender hasta qué punto la mirada de nuestro viajero renueva el aspecto de los mundos que conoce, aunque resulta necesario atender antes a una de sus confidencias más celosas, la que ha confiado al fiel lector de sus libros, al corresponsal de sus epístolas, al compañero de su exploración. Advirtiendo la locuacidad del espectáculo contemporáneo, Cees avisa: “hay cosas que no se pueden decir sin más, pues lo impide la doble prohibición del pudor y del tabú”.

---

Si el respeto a esta orden es necesario a cualquier hombre, ¿qué debe ser para un escritor vivir en semejante estado de alerta? No dejarse llevar por la facilidad de palabra, no trasgredir la razón que nos hace prudentes, no contar aquello de lo que fuimos testigos únicos, no desmentir las ilusiones ajenas, no maltratar los secretos confiados, no hurgar en la intimidad de nuestros anfitriones... El arte de contar el viaje existencial emprendido por Nootboom depende del saber callar lo que no puede ser dicho. Se confirma entonces que la urdimbre del silencio y la trama de la palabra componen el tejido de la verdad.

Una poderosa ficción conmueve al escritor nómada: imitar la levedad del cuerpo original, adoptar la ingravidez de la ensoñación y seguir el rumbo de los vientos que no dejan de soplar. No asentarse definitivamente en tierra alguna, aceptar el estado de insatisfacción permanente y hacer a los lectores partícipes de un éxtasis mundano. Convocar en la intimidad de la lectura a los espíritus que vagan y divagan por los confines de la tierra.

Para llevar a cabo la plenitud creativa que exige la escritura, Cees debe resistir el acoso de ese doble que le acompaña en todos los viajes, un *enano racionalista* que inquiere, reprime o cuestiona sus mejores intuiciones: “mi amigo siempre carga con una maleta vacía en la que pretende guardar las pruebas que soy incapaz de facilitarle”. Cees discute, replica y le recuerda que no en vano es “un forastero que viaja solo” y que, no por alimentar al alma con sus impulsivas contradicciones, debe consentir el escrutinio de la temible y temerosa desconfianza.

El viajero que recorre los caminos de la tierra ha encontrado en los museos una puerta abierta a los mundos sepultados por el tiempo. Es lo que la pintura y la escultura conceden a sus admiradores. La obra que cada artista ha dejado a la posteridad nos lleva a esa época inaccesible, extinguida, disuelta pero prodigiosamente evocada por un juego de imágenes refulgentes. Dice Cees, en el libro que dedica a sus diálogos con el arte (*El enigma de la luz*), que todo el tiempo pasado se somete al proceso de descomposición invisible y silencioso. Y así, nos descubre lo que encuentra en un museo: los momentos que la sublime soberanía del arte ha retenido para nosotros.

---

Ante el cuadro de Vermeer, que encuentra en el Frick Museum de New York, el viajero enumera las sensaciones que transmite *La lección de música interrumpida*: nostalgia, admiración y placer. El escritor debe descomponer estas emociones, ubicarlas en el lugar que les corresponde –en el texto y en el cuerpo– y conformarse a esa visión desnuda, deslumbrada. Mientras observa a la muchacha desconocida que está su lado, y descubre el curioso parecido con la protagonista del cuadro, Cees constata que “en los museos suele reinar una cierta atmósfera erótica”.

En Leiden, nuestro autor medita ante los autorretratos de Rembrandt y reconoce que le da miedo imaginar la tarea del pintor ante el espejo: “permanecer inmóvil mientras se observa y retrata a sí mismo”. Y nosotros nos preguntamos ¿acaso no es eso lo que hace Cees en sus libros? Mirarse de reojo y discurrir por el sendero de los callados pensamientos, elaborar aparentes confesiones, omisiones elípticas, alusiones huidizas y procurar sin embargo que esa voz se parezca a la de Cees Nootboom. Ante la imagen de su compatriota Rembrandt, nuestro escritor se pregunta: “¿cómo puedes llegar a saber tanto de ti mismo, observar tu más profundo yo y, a continuación, partirte en dos, en el retratado y en el retratista?” Tal vez sea este el origen del viaje emprendido hace tanto tiempo por Nootboom: sospechar la existencia de un yo *más profundo* y andar a la búsqueda de ese rostro desconocido.

En el Rijksmuseum de Ámsterdam Cees descubre los caprichos de Tiépolo y se desliza en los bocetos fantásticos junto a los magos, los sátiros femeninos (que descubre con alborozado asombro), los centauros y las criaturas que, en otros tiempos, amenizaban la imaginación de los artistas. Una época en la historia del mundo: cuando los hombres de mirada penetrante comprendían la naturaleza de lo invisible y reconocían los signos de una realidad evanescente, pero decisiva para la vida del alma.

En Munich se encuentra con las pinturas de De Chirico y recuerda que el pintor atribuyó la fuerza motriz de su pintura al instante místico que vivió en una plaza de Florencia. Aquella experiencia lo apartó

---

durante un instante de la realidad visible y lo llevó a un lugar metafísico. Cees registra en su relato las palabras del pintor: “lo que sucedió entonces me resulta imposible de explicar”. La visión la reprodujo en *El enigma de la tarde de otoño* y la escena da testimonio de la voluble apariencia del mundo en el que creemos vivir.

Las meditaciones de Cees en los museos hilvanan sus percepciones, sensaciones, y estados de ánimo con la ingravidez del viajero que está de paso. Reacio a la taxidermia académica, el escritor procura entender sin disecar, comprender sin atrapar y discernir sin retener lo que no puede llevar en su equipaje de mano. Al haberse entrenado en el desprendimiento, Cees puede esbozar una teoría estética basada en la conciencia del tabú. Observa en una pintura de De Chirico la intención de su último trazo: “en algún momento, algo en ese lienzo se hizo visible para el artista y entonces dejó de lado el pincel”.

Ante las obras de Caspar David Friedrich, Cees recuerda haber leído los ensayos que le dedica Láslo Földényi, y comparte con el intelectual húngaro la certeza de haber encontrado en sus pinturas la presencia del dios que se oculta en los destellos de la luz más elevada. Le atrae especialmente el empeño puesto en demostrar que la realidad objetiva no existe y no puede ser representada pictóricamente. La observación adquiere gran importancia para el escritor nómada que viene describiendo el mundo desde hace siete décadas y no deja de cuestionar la entidad de los lugares visitados, la presencia de los personajes conocidos, el recuerdo de los diálogos sostenidos y el juego de sombras que envuelve lo que uno va dejando atrás. “¿Cómo liberarme de la esclavitud a la que me condenan mis sentidos cuando esos mismos sentidos se me representan ante mí llenos de encanto?” De este modo, Cees pone en escena el poder, la seducción, el elogio y la hipnosis de la belleza triunfante.

Cees se dirige hacia las salas del museo de la Magna Grecia que acogen en el Regio de Calabria los intactos bronce de Riace. Dos figuras majestuosas que muestran en su equilibrada perfección la divina proporción del cuerpo humano. Exaspera a los expertos no conocer el nombre del autor perdido en el siglo V a.C., pero su anonimato es

---

alentador. Por lo menos, un gran artista se ha librado del soborno póstumo. Dice Cees que las dos estatuas “no representan a ningún dios, no evocan ninguna forma de culto. Sugieren más bien una admiración un poco misteriosa hacia la propia especie”. En uno de los atléticos personajes nuestro viajero percibe la encarnación de la fuerza; en el otro, esa misma potencia muscular pero teñida de melancolía. Tan familiar al escritor nómada que no se detiene y sigue su camino.

Los pintores elegidos por Nooteboom son los emblemas de una afinidad estética, filosófica y vital. El arte que nuestro viajero admira en los museos sostiene un juego de correspondencias y simetrías, refleja los lugares oscuros, las aristas diáfanas y los recovecos de su personalidad. Un hombre que habla y escribe, viaja y contempla, pero que piensa en sí mismo como un enigma pendiente de solución. Quizá proceda de aquí la tirria que le inspira “la diabólica circunspección de los eruditos”.

El viaje es la metáfora sentimental del destino. Y al mismo tiempo, el encuentro con el grandioso panorama de la *Creación*. El mundo fértil, la tierra fructífera en perpetua metamorfosis y a salvo del tiempo devorador. Un mundo que sólo puede vislumbrar el peregrino que ha firmado un pacto existencial con el espíritu: ir a la deriva hasta el momento en que lo crucial sea revelado. “Tal vez algún día –nos dice Cees– llegues a encontrarte con ese enigma, pero, mientras tanto, no se te ocurra ofenderlo con la invención de una fórmula zafia”. 🐣

---

BASILIO BALTASAR ES EDITOR Y DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN FORMENTOR.